

Las figuras del Belén

En el Belén representamos el **cielo estrellado** en la **oscuridad** y el **silencio de la noche**.

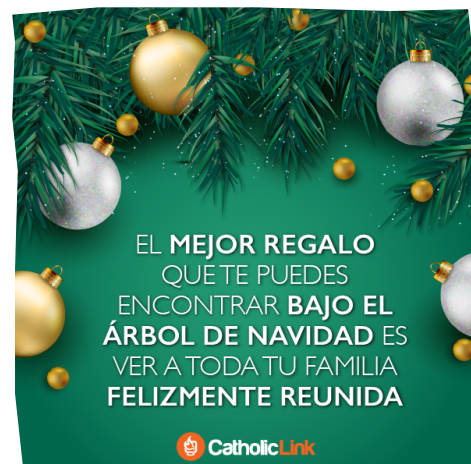
Pensemos en cuántas veces la noche envuelve nuestras vidas. Pues bien, incluso en esos instantes, Dios no nos deja solos, sino que se hace presente para responder a las preguntas decisivas sobre el sentido de nuestra existencia: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Por qué nací en este momento? ¿Por qué amo? ¿Por qué sufro? ¿Por qué moriré? Para responder a estas preguntas, Dios se hizo hombre. Su cercanía trae luz donde hay oscuridad e ilumina a cuantos atraviesan las tinieblas del sufrimiento.

Merecen también alguna mención los paisajes que representan las **ruinas de casas y palacios antiguos**. Esas ruinas son sobre todo el signo visible de la humanidad caída, de todo lo que está en ruinas, corrompido y deprimido. Este escenario dice que Jesús es la novedad en medio de un mundo viejo, y que ha venido a sanar y reconstruir, a devolverle a nuestra vida y al mundo su esplendor original.

¡Cuánta emoción debería acompañarnos mientras colocamos en el belén las **montañas, los riachuelos, las ovejas y los pastores**! De esta manera recordamos que toda la creación participa en la fiesta de la venida del Mesías.

«*Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado*», dicen los **pastores** después del anuncio hecho por los ángeles. A diferencia de tanta gente que pretende hacer otras mil cosas, los pastores se convierten en los primeros testigos de lo esencial, es decir, de la salvación que se les ofrece. Son los más humildes y los más pobres quienes saben acoger el acontecimiento de la encarnación. A Dios que viene a nuestro encuentro en el Niño Jesús, los pastores responden poniéndose en camino hacia Él.

Tenemos la costumbre de poner en nuestros belenes muchas figuras simbólicas, sobre todo, las de **mendigos**. Ellos también están cerca del Niño Jesús por derecho propio, sin que nadie pueda echarlos. De hecho, los pobres son los privilegiados de este misterio y, a menudo, aquellos que son más capaces de reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros.



San José

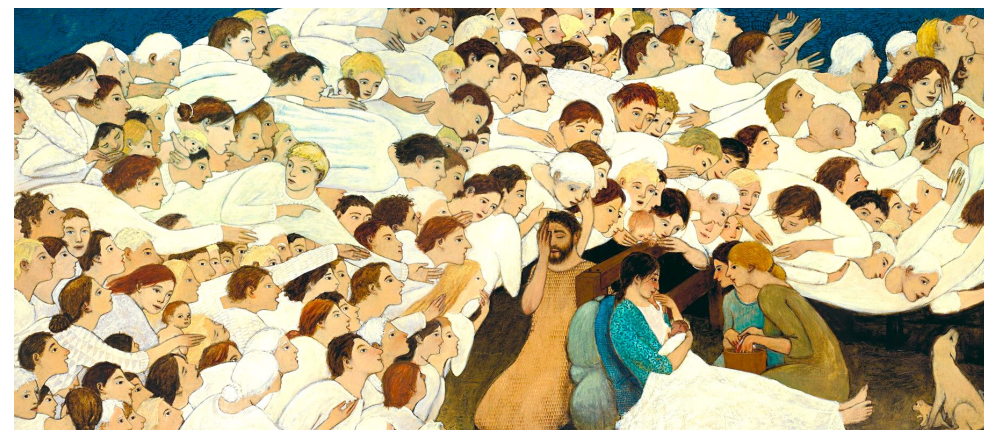
Plantó cara a la prudencia y a los chismes. Siguió la voz interior que le decía "confía". Enseñó, al Dios niño la mejor imagen de Dios. Sin pronunciar palabra, labró el 'hágase' con su historia. Carpintero y emigrante, peregrino y maestro, creyente y siervo, padre y esposo.

El hombre discreto sigue siendo hoy testigo humilde de la entrega callada, del sacrificio radical, de la fe capaz de arriesgarlo todo.

Entre sus manos, encallecidas, ponemos las nuestras, y tratamos de asomarnos, en su vida, a la sabiduría de los justos.

2º domingo de Navidad

5 de enero de 2020, Santa Genoveva Torres Morales (1870-1956)



Natividad, Brian Kershsnik (*1962)

LA PALABRA SE HIZO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.